

Ínsula, el hispanismo y Amado Alonso

CARLOS ÁLVAREZ UDE*

En primer lugar, quiero dar las gracias por su apoyo, en nombre del equipo de *Ínsula*, a la Dirección General de Cultura del Gobierno de Navarra, con Tomás Yerro Villanueva a la cabeza; al profesor Patricio Hernández, de la Universidad Pública de Navarra, de quien partió la idea de esta colaboración; a los coordinadores del monográfico que, titulado "Amado Alonso. Español de dos mundos", hoy presentamos, Tomás Albaladejo y Juan Carlos Gómez Alonso (de la Universidad Autónoma de Madrid), y, desde luego, a todos los colaboradores que han hecho posible este número dedicado al gran maestro navarro Amado Alonso.

* * *

En 1946, Enrique Canito -profesor de Instituto de francés depurado por su "rígida honradez laica", según nos recordaba recientemente Rafael Lapesa- funda la revista *Ínsula*, animado por su maestro Pedro Salinas, con una idea muy clara: crear un punto de encuentro entre los escritores transterrados, en su mayoría, más allá del Atlántico y los que habían decidido, por diversos motivos, quedarse en España. Luego, se sucedieron etapas acordes con los lentos cambios, etapas en las cuales la revista -primero con el propio Canito, después con José Luis Cano- cumplió un papel decisivo como foro de información y formación de escritores y estudiosos. Hoy, con un equipo remozado (aunque yo lleve casi veintitrés años) y dirigido por Víctor García de la Concha, seguimos pensando en que si algún criterio inequívoco y sólido ha permanecido a lo largo de sus cincuenta años, éste ha sido su vocación y realidad como la gran revista española no académica del Hispanismo.

* Secretario de *Ínsula*.

Enrique Canito declaraba, a su vez, en el número conmemorativo del XXV Aniversario de *Ínsula* lo siguiente: “he podido lograr el sueño juvenil de creerme que comunico a los jóvenes no un saber que tengo, pero sí un afán de saber, que es en definitiva lo que mueve al mundo”.

En ese mismo número, Enrique Lafuente Ferrari decía: “*Ínsula* es (...) un testimonio. Primero, un testimonio de continuidad, una voluntad de salvar la continuidad de la auténtica intelectualidad española, a despecho de todo. (...) estoy seguro que cuando se estudie la historia española de estos últimos años españoles, *Ínsula* será un documento de primera mano y de positivo valor”.

En 1988, en el número 499-500, donde se recogía una extensa antología de trabajos aparecidos a lo largo de su historia, publicamos un Editorial, del que recojo algunos pasajes con declaración de intenciones: “Al alcanzar el número 500 de la revista, cabe preguntar qué fuerza le ha permitido avanzar, en medio de tantas dificultades, hasta esa posición absolutamente destacada en nuestro panorama cultural. La antología, por fuerza incompleta, que para la ocasión hemos espigado, nos ofrece la clave: toda la cultura española, desde los hombres del 98 hasta los novísimos o posnovísimos, ha fondeado en esta *Ínsula*. La colección (...) representa en esta línea un museo bibliográfico vivo de la literatura y las humanidades de los últimos cuarenta años. (...) la peculiaridad de *Ínsula* no radica propiamente en la noticia sino en su decantación crítica. Mientras que las secciones culturales de la prensa periódica, con el valor y el riesgo de la inmediatez, tratan de orientar al lector sobre el rumbo de las letras y el pensamiento hispánicos, *Ínsula* constituye un ámbito para la reflexión detenida y para el ejercicio de la crítica universitaria aligerada de erudición”.

Obligados estábamos, pues, a contribuir a la recuperación de las decisivas aportaciones de uno de los grandes maestros del Hispanismo del otro lado del Atlántico, aunque nacido en tierras navarras, como Amado Alonso. Éste ya había tenido, desde sus iniciales obras, una magnífica acogida en las páginas de *Ínsula*. Primero, como colaborador con trabajos decisivos, sobre Jorge Guillén, por ejemplo. Más tarde, siendo reseñadas ediciones de sus obras por otros estudiosos, como la *Gramática castellana* de 1944 (que firmaba junto a Pedro Henríquez Ureña) o los *Estudios Lingüísticos* de 1951. Y, por último, en el número-homenaje aparecido tras su prematura muerte, en 1952, con trabajos de Ramón Menéndez Pidal, Dámaso Alonso, Rafael Lapesa o María Rosa Lida, donde se contribuye definitivamente a la consolidación y al reconocimiento de su obra como un pilar básico en el discurrir de los estudios hispánicos.

Un pilar que, bien pensado, es en realidad un puente que Amado Alonso fue con decisión construyendo, poco a poco, entre nuestras tierras peninsulares y las americanas. Un puente atlántico, un acueducto heredado que debemos conservar con entusiasmo y cariño, con la misma decisión que conservamos nuestra casa para evitar su derrumbe.

Hemos necesitado el centenario de su nacimiento para acordarnos hoy públicamente de él; esto es bueno, pero no suficiente. Nuestra obligación hispanística es volver, de continuo, sobre nuestros escritores, sobre nuestros grandes filólogos, y, por supuesto, sobre Amado Alonso, un transterrado que formó a muchos de los mejores.

En *Ínsula* haremos el esfuerzo de seguir considerándonos hermosa herencia de continuidad y reflexión detenida, y, desde luego, no esperar otro centenario para volver a la obra de este “hispanista de dos mundos” y, así, seguir comunicando ese “afán de saber que mueve al mundo” (como quería Enrique Canito), en la línea de servir como guía de la evolución de los estudios histórico-literarios y filológicos en todas las áreas del Hispanismo y fomentar foros de debate de los grandes temas actuales de la cultura hispánica.

Muchas gracias.

(Presentación núm. 599, *Amado Alonso. Español de dos mundos*, Pamplona, Caja de Ahorros Municipal de Pamplona, 19 de noviembre de 1996).